





Newton Compton Editores

© 2023, Marcos Nieto Pallarés  
© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: enero de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)  
[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-19620-64-4  
Código IBIC: FA  
DL: B 16.875-2023

Composición y diseño de interiores:  
David Pablo

Impreso en enero de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Marcos Nieto Pallarés

# El juego del mal



Newton Compton Editores

Barcelona, 2024



*Al amor de mi vida,  
Marta Martín Girón*

*Aunque mis padres eran amables y cariñosos conmigo, no tenía las alegrías ni la compañía que suelen tener los niños pequeños. Desde mi más tierna edad, recuerdo que mi padre decía «no hagas» o «no debes».*

JOHN GEORGE HAIGH,  
el asesino del baño de ácido

*Los directores se pelearán por los derechos de nuestra historia. Nos preguntamos quién la llevará al cine, si Steven Spielberg o Quentin Tarantino.*

ERIC HARRIS Y DYLAN KLEBOLD,  
autores de la masacre  
de la Escuela Secundaria de Columbine

## Nota del autor

Estimado lector:

Los personajes que aparecen en esta novela son de mi absoluta invención. Ni siquiera están «basados en». Del mismo modo, y para no herir sensibilidades, la calle de la urbanización La Moraleja en torno a la que gira la trama es ficticia.

Dicho esto, solo me queda agradecerte que hayas elegido *El juego del mal* como lectura.



# Preludio

25 de junio de 1982, 20:37 h

Triana, Sevilla

Arrastrada por una ocasional ráfaga de viento, la hoja desprendida de un naranjo amargo pasó por entre las piernas de un niño que jugaba al Churro va. Rodó sobre la terrosa calle y trepó la acera como si hubiera pretendido hacerlo, para quedarse atrapada en la puerta de la familia De la Torre. Como si aguardara a que alguien abriera. Apenas había trianeros recorriendo la calle Alfarería, y no era a causa de un viento que soplara recio ni de que el cielo anunciara tormenta. Nadie callejeaba por Triana ni se percibía el habitual runrún del ir y venir de los coches porque estaba a punto de empezar un partido de fútbol.

La puerta se abrió y la hoja se coló con el sigilo de un ratoncillo, acompañada de un puñado de tierra fina. Lucía Navío maldijo al viento y puso un pie en la acera. Poco después descubrió a sus hijos jugando con los retoños de sus vecinos: el de la Paquí, los de la María, los de la Rosa, la de la Esmeralda...

—¡Azucena, Álvaro, Carmen, *pa* la casa! —gritó.

La mayor, Azucena, respondió con un «ya vamos, *mare*». La madre entró sin cerrar la puerta y se quejó otra vez del viento cuando la hoja crujió bajo sus pies.

—¡Cómo se ha puesto el pasillo en un momento!

Álvaro bajó de un brinco de la espalda de su mejor amigo, Joaquín, que hundía la cabeza entre las piernas del niño que

remataba la cadena humana. Se despidieron con tres «hasta mañana» que por poco sonaron al unísono y corrieron rumbo a casa con la prisa de un prófugo; sabían que, de demorarse, podían llevarse un correazo.

Azucena entró la primera, después Carmen y por último Álvaro, que cerró a la carrera. Y lo hicieron con entusiasmo, pues aquella noche televisaban un importante partido de fútbol. A ellos no les interesaba el deporte rey, pero el acontecimiento traería invitados a casa. Y ningún niño de Triana podía resistirse a una noche de buena comida, cachondeo y sevillanas.

–De verdad, cuando los mayores le dan al trinquí son más divertidos –le comentó una vez Álvaro a su hermana melliza.

–Yo, cuando sea mayor, voy a estar todo el día con la papa –dijo Carmen mientras él asentía con la cabeza.

No vivían en una casa precisamente deslumbrante. Las paredes mostraban fisuras y bordes desprendidos que se curvaban hacia afuera como los pétalos de una flor. De vez en cuando se topaban con fragmentos desconchados con apariencia de escamas de pez y al echar la vista al techo descubrían una nueva marca. En la habitación de los niños aparecieron burbujitas, que Álvaro describió como «pompas de jabón atrapadas en las paredes por algún misterioso motivo».

–Es la pintura, borrico –lo iluminó Azucena, cinco años mayor que él–. El papa pintó malamente y por eso han salido esos globitos. No digas *chuminás*.

Azucena tenía doce años y Álvaro y Carmen siete, y a tan temprana edad esa distancia se apreciaba en la inocencia. Antes de que su madre los arropara cada noche, Álvaro se abstraía en las fisuras del techo y echaba mano de su desbordante imaginación. Algunas le parecían el sedoso cabello de una princesa encerrada en una torre alta y solitaria; las más zigzagueantes y puntiagudas, rayos y centellas sobre un mar tormentoso o ramas de un árbol siniestro. Cuando ya se

le cerraban los ojos, las grietas se volvían nebulosas plumas de un ave, difusas patas de una araña o dedos huesudos que trataban de atraparlo.

La fachada de una planta estaba infestada de manchas, incluso donde el agua y el sol no alcanzaban a lamerla con sus lenguas corrosivas. Las que nacieron junto a desagües, canalones y bajantes tenían poco remedio, como las que aparecen en un rostro a causa del paso del tiempo.

Los De la Torre compraron aquella casa antes de casarse y ya superaba los quince años de antigüedad. Paco no tuvo más remedio que pintar techos y paredes. No pudieron permitirse el lujo de contratar a un pintor, ni siquiera de comprar una pintura decente. A Paco no le gustaba el bricolaje ni tenía arte ni paciencia para las «cosas finas», como su esposa llamaba a los trabajos caseros. Por pereza o ineptitud, tal vez por ambas cosas, no preparó las paredes como debía antes de pasar la brocha. La pintura de baja calidad –la más barata que encontró en los estantes de la tienda del barrio– hizo el resto. Los muebles los compraron en rastrillos y tiendas de segunda mano y distaban en color y vetustez. La mesa de centro no cojeaba gracias a un pedazo de cartón doblado hasta la saciedad. Las camas de los niños tenían cabeceros de distintos modelos. Las deshilachadas cortinas aparecían como espectros desaliñados cuando el viento las mecía tras caer la noche.

Los De la Torre no vivían en una casa bonita. Era evidente. Pero tenían un hogar. Al menos hasta que el infortunio los alcanzó de lleno.

–¡Eh, ustedes dos! ¿Dónde creéis que vais tan alegremente? ¡A barrer el pasillo! ¡Quiero verlo niquelado en menos de lo que canta un gallo! –Lucía le dio una escoba a su único hijo y un recogedor a su hija menor cuando estos se disponían a entrar en el comedor, donde su padre aguardaba ante el televisor a que diera comienzo el partido del Mundial entre

España e Irlanda del Norte-. Arrimad una mijilla el hombro, si no es mucho pedir.

Carmen llevaba una camiseta con tachuelas, una falda con volantes y unos deslucidos zapatos de charol; Álvaro, un conjunto de pantalón corto con forro de rejilla y camiseta de licra de colores flúor y unas zapatillas con más trote que las ruedas de su monopatín.

–¿Cuándo llegarán la Maribel y el Alonso? –preguntó Álvaro, ávido de jarana.

–El partido está a punto de empezar, *miarma*, así que pronto. –La madre le dio un cariñoso cachetazo en el culo a su hijo-. Venga, a barrer, que está el pasillo al retortero.

Carmen y Álvaro, escoba y recogedor en mano, se disponían a unir fuerzas cuando se abrió la puerta de la calle.

–¿¡Qué pasa, chavales!?! –saludó Alonso, jovial.

–Hola, guapillos –correspondió Maribel, más comedida.

–Hola –dieron ellos la bienvenida a coro.

Lucía se asomó por una esquina.

–¡Vamos, que empieza el partido!

–¡España, España, España...! –vitoreó Alonso mientras revolvía el pelo del pequeño.

Los niños se apresuraron en dejar el pasillo niquelado. Una vez que la hoja machacada y la tierra fina estuvieron dentro del cubo de la basura, Álvaro corrió a su habitación, seguido por su hermana, en busca del llavero de Naranjito que su madre le compró en El Corte Inglés. Su padre era un futbolero empedernido y pensó que le gustaría verlo ondeándolo en el aire como si fuera la rojigualda.

Entraron felices en el comedor.

–Mira qué tengo, papa.

Álvaro alzó el llavero ante los ojos de su padre.

–¡Ole salero, que más vale la gracia que el dinero!

Álvaro sonrió y notó que el hombre ya andaba bajo los divertidos efectos del pimple.

Encontraron a Azucena sentada en el sofá, dispuesta a atacar los platos que su madre había dejado sobre la mesa de centro, protegida con un mantel de plástico.

–¡Madre mía, Lucía! –exclamó Alonso mientras recorría con la mirada los manjares caseros: carne con tomate, ensaladilla, cazón en adobo, patatas fritas, montaditos, chicharrones, croquetas, pavías de bacalao...–. Con lo fabuloso que tú cocinas, ya verás como esta noche me engollipo y muero sentado en esa silla. –Tras agasajar a la cocinera, se dirigió a su amigo y compañero de trabajo–: Oye, compadre, ponme una milnos, que estoy seco.

–Tú pides más que el Gobierno, *illo*.

–Y más que voy a pedir, *malafollá*.

Se sonrieron, arropados por un ambiente familiar.

Los mayores picotearon como pavos en la mesa del comedor, los hombres de cara al televisor y las mujeres viendo el fútbol de reajo; los niños, sentados en el sofá, en primera fila, comían a poquitos lo que su madre había preparado con todo el amor del mundo.

España jugaba sabiendo que incluso una derrota por la mínima la clasificaba para la siguiente ronda.

Pero el fútbol pasaría pronto a un segundo plano.

–Azucena, ve a tirar la basura –mandó su madre cuando dio inicio la segunda parte.

–Si vais ustedes dos... –les dijo a sus hermanos–, luego os dejo mi *walkman*.

Los viernes le tocaba tirar la basura a Azucena, pero esta, de vez en cuando, se servía de la inocencia de sus hermanos pequeños para escaquearse. Trató de escurrir el bulto con promesas que no tenía intención de cumplir –su *walkman* era lo más preciado que tenía– y sus hermanos mordieron el anzuelo. «Luego se olvidarán, como siempre, y no tendré que dejárselo», pensó.

–Vamos, Carmen –dijo Álvaro, decidido.

–¡Menudo penco! –increpó Paco cuando los niños pasaban por su lado; llevaban cinco minutos de la segunda parte y España perdía uno a cero.

–Arconada está para que lo indulten –soltó Alonso–. Y si el portero anda *apamplao*, nos vamos a dar un jardazo que tela.

–Escucha lo que te voy a decir: creo que hay rempujones entre los jugadores vascos y no vascos. Siempre la política *porculera*. Creo que los vascos de la selección son aberzales y Juanito de Fuerza Nueva. Imagina el polvorín que se ha montado en el vestidor. Y, para colmo, hoy han salido más *apollardaos* que de costumbre, que ya es decir. Todos creyendo que íbamos a ganar el Mundial por la patilla y me da a mí que nos vamos a quedar boquerón.

–¿Crees que ETA seguirá quietecita, compadre?

Alonso sorbió de su rebujito.

–No seas malaje, *illo*.

La pregunta puso a Paco de un humor sombrío, pues le recordó que los españoles vivían bajo la amenaza del terrorismo.

–Malaje no, realista. Esos desalmados buscan sangre y cuanta más, mejor. Solo digo que me sorprendería una *jartá* que no aprovecharan la oportunidad de joder la marrana. Los ojos del mundo están puestos en España. Entre el paro, la inflación y el miedo a otro golpe de Estado, a uno se le hace complicado ser un viva la Virgen. Me da coraje, nada más. ¡*Juy!*

–¡*Cagontó!*

Ambos dieron un respingo cuando Juanito rozó el empate. Entretanto, Lucía y Maribel fregaban los platos en la cocina, al tiempo que se ponían al corriente de los chismorreos que se propagaban por el barrio como una toxina por el sistema nervioso.

–¿Dónde andan tus hermanos? –le preguntó Lucía a Azucena, a quien encontró recostada en el sofá.

–Han ido a tirar la basura.

–¿No han vuelto desde entonces?

–No sé, *mare*. Aquí no han estado. Estarán jugando en la calle.

–¿Sin mi permiso? –Azucena se encogió de hombros—. ¿Tú sabes algo de algo alguna vez, *miarma*?

–Yo no sé nunca nada de nada, *mare*.

–A ti te va a dar esta semana la paga el guardia de la campana.

Lucía caminó airada hacia la puerta mientras su hija se hacía a la idea de que aquella semana no le darían un duro «*pa* sus cosas».

–¿Dónde vas tú tan a *jierro*? –preguntó Paco con media melopea—. ¿Te ha *dao* un tabardillo o qué?

Lucía se detuvo y miró a su marido con cara de pocos amigos.

–Los niños, que no sé dónde se han metido.

–¿No están en su habitación?

–No. Han salido a tirar la basura como hace... –Lucía miró cuánto tiempo llevaban de la segunda parte—. Por Dios, hace más de media hora.

–Entonces estarán en la calle, mujer. Se habrán *encontrao* con algún amigo y...

–Pues me van a oír esos dos. Les tengo dicho que...

Lucía se enfurruñó y, sin terminar la frase, salió del comedor. Poco después pisaba la calle con los labios apretados y el ceño fruncido.

Encontró a Joaquín –el de la Paqui– contando en voz alta con los ojos cerrados, de cara a la fachada de sus vecinos. Ocho, nueve, diez, once... Bajo la ambarina luz que desprendían las farolas, le puso una mano sobre el hombro. Joaquín dejó de contar, abrió los ojos y descubrió a la madre de su mejor amigo.

–Hola, Joaquín, ¿están jugando el Álvaro y la Carmen contigo al escondite?

–No, señora.

–¿No los has visto después de cenar? –Negó con la cabeza–. Llama a los demás niños, que salgan de sus escondrijos. Y que me esperen aquí quietecitos. Enseguida vuelvo.

–Vale. –Joaquín se colocó las manos en la boca a modo de altavoz y gritó, rompiendo la calma que gobernaba la calle Alfarería–: ¡Rodrigo, Tomás, María, Dolores y los demás, salid! ¡No es una trampa! ¡Lo juro por la Virgen!

Justo en ese momento Lucía tuvo su primer mal presentimiento de la noche: «Espero que no les haya pasado nada malo». Corrió hacia los contenedores de basura que se hallaban al doblar la esquina, entretanto algunos niños, titubeantes –no se fiaban de la promesa de su amigo–, asomaban la cabeza por una farola o se ponían derechos tras haberse agazapado detrás del morro de un coche.

No vio a sus hijos por ningún lado, pero sí dos bolsas de basura tiradas a medio metro de los contenedores. Coincidían con las que ella compraba. Aunque casi todos los vecinos usaban las mismas: las negras, como el mal presagio que se le vino encima. El segundo de la noche: «Por nada del mundo dejarían las bolsas ahí tiradas». Se acercó y abrió la más llena: pieles de patata, envases machacados, latas de cerveza...

«Es nuestra basura».

Regresó sobre sus pasos hasta los niños que poco antes había interrumpido jugando al escondite. Los pequeños la esperaban sentados en la acera con cara de que deseaban volver a su sano y acostumbrado entretenimiento de los viernes y los sábados por la noche; los demás días los mandaban a la cama después de cenar, pues al despertar les tocaba ir al colegio.

–Buscad a la Carmen y al Álvaro, hacedme el favor –les rogó con voz dulce, si bien por adentro ardía en desesperación.

–¿Se han perdido? –preguntó Joaquín con el ceño fruncido.

–Creo que sí.

–Vamos –alentó el mejor amigo de Álvaro.

Los niños se distanciaron de la madre angustiada. Lucía entró azorada en casa mientras oía de fondo a los pequeños dando voces: «¡Álvaro, Carmen...!». Entonces llegó el tercer mal presentimiento: «Esto no puede estar pasando».

Abrió la puerta del comedor con el rostro desencajado.

–¡Hay que llamar a la Policía! –imploró a gritos desde el umbral–. ¡No encuentro a los niños! ¡Las bolsas de basura están tiradas por los suelos!

Lucía rompió a llorar ante las estupefactas miradas de Alonso, Maribel y Paco. Este último era consciente de que su mujer no solía ponerse en lo peor a las primeras de cambio, así que se levantó sin mediar palabra y caminó algo mareado hasta el teléfono. Buscó en la agenda telefónica el número de la Policía local y lo marcó con dedos temblorosos.

Aún no había acabado el partido cuando la desesperación se adueñó del hogar de los De la Torre. Los gritos de los niños alertaron a una decena de vecinos y estos a otros tantos; poco a poco las calles de Triana se volvieron un hervidero de sevillanos buscando a dos criaturas. Nadie dudó en arrimar el hombro, en ponerse en la piel de unos padres asustados hasta la médula.

Dos agentes se presentaron en la puerta de la casa familiar. A partir de entonces, llegaron el cuarto, el quinto, el sexto... mal presentimiento.

Registraron hasta el último rincón de la última calle de Triana. La Policía local de Sevilla pidió ayuda a la Guardia Civil. Estos, junto con un buen número de vecinos, inspeccionaron las orillas del Guadalquivir en busca de los niños y, al día siguiente, el monte bajo cercano a Sevilla.

Los De la Torre pasaron de disfrutar de una agradable cena entre amigos a verse inmersos en una pesadilla.

## Cuatro días y medio después

Paco observó las lanchas de la Guardia Civil surcando el Guadalquivir, a los buzos entrando y saliendo del agua, y no pudo obviar la imagen de sus hijos emergiendo sucios y muertos en brazos de un policía.

«Si se hubiesen ahogado, ya habrían aparecido –se dijo con los ojos humedecidos–. A no ser que hayan llegado al mar...».

Paco siguió buscando por la orilla mientras su mujer lo hacía por las afueras junto con un buen montón de vecinos y amigos. La Guardia Civil peinaba las zonas de difícil acceso con pastores alemanes. Nadie se atrevía a decirlo en alto, pero, pasadas las primeras cuarenta y ocho horas, lo más probable era que los niños apareciesen ahogados o tirados como despojos en un vertedero.

A Paco le costaba mirar a los ojos de su esposa; no podía evitar culparla de la desgracia.

–Tendrías que haberlos vigilado mejor, *papafrita* –le recriminó la misma noche de la desaparición–. A ti ni siquiera te gusta el fútbol.

De ahí que Paco buscara a sus hijos por la orilla del Guadalquivir y Lucía por las afueras de Sevilla.

El presentador del telediario se refirió a ellos como «los niños de Triana». Los familiares y amigos de los desaparecidos, cubiertos por un grueso manto de impotencia, tuvieron que leer en los periódicos frases tan demoledoras como SIN RASTRO DE LOS NIÑOS DE TRIANA o ¿QUIÉN SE HA LLEVADO A LOS NIÑOS DE TRIANA?

Tras llenar Sevilla de carteles de SE BUSCA y de atender a Televisión Española en la misma puerta de su casa, en definitiva, de digerir lo indigerible, aparecieron los ineludibles «¿Y si...?» y los forzosos sentimientos de culpa. ¿Hasta qué punto eran partícipes del azar caótico que parecía regir

su destino? Esa pregunta se paseó por la mente de Paco, Lucía y Azucena un millar de veces. «¿Y si hubiera ido yo a tirar la basura? –reflexionó la hermana mayor-. ¿Habría desaparecido yo o no habría desaparecido nadie? Ojalá me hubieran llevado a mí».

Tres días después, 15:35 h

Dos Hermanas

Las mujeres atajaban por un callejón cuando lo vieron caminando por la estrecha acera de enfrente. No se tambaleaba ni estaba tan sucio como para llamar la atención. El sol no alcanzaba a iluminarlo. Los vecinos de la calle por la que deambulaba podían mantener una conversación asomándose por una ventana o saliendo al balcón y sin necesidad de levantar demasiado la voz. María y Rosa no le hicieron el menor caso al pequeño. Hasta que, cabizbajo y con la mirada perdida, estuvo lo suficientemente cerca como para que apreciaran sus facciones.

–¿Ese de ahí no es el zagal del telediario, el que se perdió en Triana? –preguntó María, que había acercado la boca a la oreja de su vecina y amiga del alma.

–¡Si no es, se parece una *jartá*! ¡Eh, zagal! ¿Cómo te llamas? –preguntó Rosa cuando el pequeño ya les daba la espalda.

El niño no dejó de caminar, como si no hubiese oído a Rosa o no fuera consciente de que la pregunta iba dirigida a él.

María dio siete zancadas largas, se colocó ante el niño y frenó sus pasos errantes. Se acuclilló y le levantó la barbilla con suavidad.

–Hola, precioso –lo saludó con voz melosa-. ¿Qué haces por aquí tú solo, *miarma*? –El niño miró fijamente a los ojos de la mujer y guardó silencio-. ¿Cómo te llamas?

–Álvaro –susurró y trató de rebasar a la mujer.

María lo sujetó por los hombros.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

—A mi casa.

María sonrió apesadumbrada y volvió con Rosa, que observaba la escena a pocos metros, aunque no pudo escuchar lo que Álvaro acababa de susurrarle a su amiga.

—Rosa, ve a tu casa y llama a la Policía. Es Álvaro, el niño de Triana.

**Veinte minutos después**

**El Porvenir, Sevilla**

El teléfono resonó por los pasillos de la casa de la familia De la Torre. Pero nadie lo cogió. El padre, la madre y la hermana estaban fuera buscando a Álvaro y a Carmen. Cuando el ring del teléfono se repitió como una voz en una gruta, Lucía intentaba localizarlos en el parque de María Luisa. Tras echarse un pedazo de pan a la boca a la hora de comer —perdió el apetito la noche que España perdió contra Irlanda del Norte—, cruzó el Guadalquivir a pie por el puente de Isabel II, conocido por los sevillanos como «puente de Triana», y anduvo por la ciudad con una foto de sus dos hijos desaparecidos. Se acercaba a cualquiera y le enseñaba el papel. «¿Has visto a estos niños?». Así una y otra vez y una y otra vez recibía negativas. Ni un solo sevillano ignoraba la desgracia de aquella mujer. De ahí que algunos se dirigieran a ella por su nombre. «Lo siento, Lucía, no los he visto». Entendían la desesperación de aquella madre y que necesitara enseñarles la fotografía aunque la hubieran visto cien veces en el telediario y los periódicos.

La Policía y la Guardia Civil no cejaban en su empeño, pero una voz resonaba en su cabeza anunciando un oscuro final para sus hijos: «A estas alturas, los niños perdidos aparecen muertos o nunca aparecen». Los malos augurios aumentaban cuando se limitaba a aguardar a que un agente llamara a la

puerta con las temidas malas noticias, en la soledad de una casa sin alma. Por eso trataba de no pisar su domicilio más que para dormir y echarse un pedazo de pan a la boca que le diera fuerzas para seguir buscando.

Un hombre achinó los ojos desde un banco cercano a la isleta de los Patos y enseguida, sin despegar el culo del asiento, levantó la mano para llamar la atención de Lucía.

–¿Lucía Navío? –preguntó, alzando la voz.

La madre asintió y caminó hacia aquel hombre con bigote que sujetaba entre las manos una pequeña radio portátil.

–Hola, señora –saludó en cuanto la tuvo a tres pasos.

–Buenas tardes. Dígame –correspondió Lucía con desgana.

–He escuchado por la radio que han encontrado a Álvaro en Dos Hermanas –le informó él mientras gesticulaba con las manos–. ¿Qué hace usted aquí buscándolo? Me ha extrañado que...

Lucía rompió a llorar, cortando al individuo, que acababa de mostrarle la luz al final del túnel y ni siquiera conocía su nombre.

–No lo sabía, buen señor –se justificó ella con el rostro bañado en lágrimas.

–Eso mismo me he imaginado. Y me llamo Antonio. Un placer conocerla.

–Gracias por ponerme al tanto, Antonio. ¿Y mi Carmen? –preguntó hipeando.

–De la niña no han dicho nada. –El hombre se encogió de hombros y enseguida lanzó una mirada a la espalda de Lucía y dio un respingo–. ¡Carajo, si ahí mismo hay un policía!

–El hombre se levantó y llamó la atención del agente con su gruesa voz–: ¡Policía, venga aquí! ¡Esta señora es Lucía Navío, la del niño de Triana, el zagal que acaban de encontrar en Dos Hermanas! –Lucía, mientras el uniformado se acercaba frunciendo el ceño, no podía hacer más que llorar esperanzada al tiempo que temía que todo se tratase de un

cruel malentendido—. ¡Lleve usted a la pobre mujer con su hijo, haga el favor, que le va a dar un parraque!

Quince minutos después  
Triana, Sevilla

Lucía y Paco se abrazaron en el umbral de la puerta de la consulta. Entretanto un médico reconocía a Álvaro sobre una camilla y el policía nacional que había estado organizando su búsqueda los observaba sonriente, dándoles espacio para que disfrutaran del deseado reencuentro tras tantos días de máximo sufrimiento. El doctor auscultaba el pecho descubierto del niño con un estetoscopio. Álvaro sonrió al ver a su madre, que tras abrazar a su marido, se lanzó lacrimosa a los brazos del pequeño; por poco manda al doctor y su aparato por los aires. Pero Álvaro, mientras su madre lo estrechaba contra su pecho, y el médico, su padre y el policía sonreían emocionados, se mantuvo callado, con los brazos lánguidos. El niño era consciente de que su hermana melliza seguía en paradero desconocido. Lucía le susurró sin poder reprimir el llanto:

—No vas a volver a salir de casa en toda tu santa vida.

Paco y el doctor rieron ante aquel comentario. Sin embargo, sus risas se desvanecieron hasta convertirse en una sonrisa cuando la madre volvió a hablarle a su hijo en voz baja:

—Ahora vamos a encontrar a tu hermana.

—El zagal está perfectamente —informó el doctor—. Necesitará un par de días para centrarse, ¿entienden? Pero físicamente está bien. —Los padres asintieron—. Sin embargo, como ya le dicho al policía de afuera, ha aparecido con esto detrás de la oreja.

El médico dobló el reborde de la oreja derecha de Álvaro y se la dejó como si la tuviera de soplillo. Paco y Lucía pudieron ver entonces varios cortes cosidos con puntos que formaban una «M» mayúscula del tamaño de una moneda

de cien pesetas. La letra empezaba justo donde acababa su pelo moreno y continuaba por la parte trasera de la oreja.

–Es una «M» hecha con un objeto cortante –prosiguió el doctor tras devolver el órgano a su sitio–. Se la han hecho a conciencia, seguro. Los cortes son profundos; alguno por poco se la atraviesa. Le quedará una cicatriz, pero donde está no podrá vérselo. Minucias para lo que podría haber sido –opinó, obviando los daños emocionales–. Hasta aquí puedo aportar yo. El niño está perfectamente –culminó, un tanto redundante.

–¿Familiares de Álvaro De la Torre?

El policía nacional, que había estado aguardando pacientemente en el pasillo a que los padres acabaran de hablar con el médico, hizo un ademán con la mano, requiriendo sus atenciones.

–El niño ya está a salvo –les dijo nada más pisaron el pasillo–. Me ha dicho que, como ya nos temíamos, se los llevó un hombre cuando estaban tirando la basura. Pero dice que no recuerda nada más. Yo creo que tiene miedo de hablar. En fin. Ahora vamos a poner todo nuestro empeño en encontrar a su hermana. Al zagal lo han encontrado deambulando por Dos Hermanas, por si no lo sabían. Investigaremos dónde ha podido estar metido la semana que ha estado desaparecido, y lo de la «M» también. Ustedes intenten que recuerde algo, si ha visto a quién se lo llevó o dónde ha estado encerrado. Mañana tempranito pasaré por su casa para hablar con él. Ahora voy a seguir buscando a Carmen. ¿De acuerdo?

–Por supuesto –dijo Lucía–. Y gracias por todo.

–Muchísimas gracias –añadió Paco.

Tres días después, medianoche

Álvaro se levantó a hacer pis cuando acababan de dar las doce de la noche. Al pasar por delante de la puerta de la habitación de sus padres oyó una voz alta y clara:

–¡La culpa es solo tuya! –Pegó la oreja a la madera descascarillada y escuchó, mientras estaba de pie, en pijama y zapatillas de ir por casa–. ¡Mi hija estaría viva si no fuese porque eres una mala *mare*!

Despegó la oreja, la que escondía la «M», como si hubiera tocado un hierro candente y anduvo taciturno hasta el cuarto de baño, donde orinó con un nudo en el estómago.

Regresó a la habitación con un pensamiento rondándole la cabeza: «¿Mi hermana está muerta?». Zarandeó lloroso a Azucena. Esta se giró sobre su cama, con el gesto aturdido y los ojos enrojecidos de haber llorado antes de acostarse.

–¿Qué pasa, Álvaro?

En un primer momento pensó que Carmen había aparecido. Pero la esperanza de volver a abrazar a su hermana se esfumó al ver las lágrimas de su hermano.

–El papa dice que Carmen está muerta. ¿Eso es verdad?

–¿Qué? ¡No! Que yo sepa, al menos. Pero después de tanto tiempo...